

divina gloria. Con esto ha querido enseñarnos la excelencia de la oración, que es por otra parte, como por experiencia sabemos altamente necesaria. San Dionisio Areopagita la llama "*cadena lucidísima*," cuyo epíteto comenta San Máximo, diciendo: "Con mucha propiedad compara nuestra oración á una cadena celestial; porque el que quiere acercarse á aquellas sagradas y altísimas cumbres de la gloria, como con sus manos se ase á esta preciosa cadena. Pedro Blesense la califica de "*de dulce vehículo en el áspero camino de la vida*." "La oración de Elías, dice San Juan Crisóstomo, le conquistó la gracia maravillosa de no morir, y después que abandonó la tierra, la de entrar en el cielo, morar con los ángeles, vivir con Dios, y poseer eternas mansiones á pesar de ser huésped terreno. Por la virtud de la oración Juan se transforma en un ángel en carne y en un habitante celestial en la tierra y con el oído, la vista y el tacto abraza á toda la adorable Trinidad. Y nosotros, hermanos, continua el santo Patriarca de Constantinopla, si queremos gozar de la gloria de Moisés, de la vida de Elías y de las virtudes de Juan, amemos la práctica de la oración."

La oración, además, nos asocia á los bienaventurados coros de los ángeles; pues la Iglesia inspirada y dirigida por el Espíritu Santo, nos invita en el Prefacio de la Misa á que supliquemos al Señor nos conceda la gracia de que nuestras voces y nuestros cánticos se confundan con los de los celestiales espíritus, diciéndole en actitud humilde y suplicante: "Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos; llenos están de su gloria los cielos y la tierra. Hosanna en las alturas." Con la oración nos sentimos fuertes para resistir á todo género de peligros; porque bien seguros estamos de que permaneciendo el Señor con nosotros, nadie nos podrá dañar. Y esto es lo que nos dice el Espíritu Santo en el libro de los Proverbios: "*Ningún acontecimiento podrá contristar al justo; los impíos al contrario estarán llenos de pesadumbre*." ¿Por qué no subió á los cielos nuestro divino Jesús desde el monte Tabor, donde un día se había mostrado resplandeciente de gloria, ó desde el Calvario, en que tan brillante y decisiva victoria había conquistado sobre el eterno enemigo de las almas? ¿Por qué á estos montes de tan gloriosos recuerdos prefirió la sagrada cumbre del Olivete? Porque á la falda de éste se entretenía con frecuencia en orar, como nos dicen los Evangelistas.

"Salía á orar al monte, dice San Buenaventura, para enseñarnos que la oración debe versar sobre las cosas del cielo, y que el que ora debe estar elevado sobre las vanidades de la tierra; porque, como dice San Juan Damasceno, la oración es una elevación del alma hacia Dios."

A cada paso estamos sintiendo la necesidad de los divinos auxilios; y, ¿qué sería de nosotros si no los pidiésemos al Señor? Porque muy cierto es que su Divina Majestad, así como está resuelto á concedérnoslos, así también tiene determinado que se los pidamos con instancia. Por eso tantas veces nos advierte en las Sagradas Escrituras que es preciso orar siempre y sin intermisión. "Si gran calamidad es para un ciego, dice San Juan Crisóstomo, no poder recrearse con la luz del sol, ¿cuánta mayor desgracia no será para un cristiano el no rogar incesantemente á Dios y no entrafñar con sus oraciones en su alma el esplendor de Cristo?" Si faltare el agua necesaria para regar un jardín, pronto se verían mustias y marchitas las flores; tal sucede también en el jardín del alma si falta el místico riego de la oración; porque así como á la perfección de la oración tiende, dice Casiano, la estructura de las virtudes; así también si con nuestras buenas obras no unimos la oración, de ningún modo podrá conseguirse en ellas solidez y estabilidad. Adquiérese con la humilde y sostenida oración un conocimiento más claro, un trato más íntimo con Dios Nuestro Señor, como El mismo nos dice por el Profeta Ezequiel: "*Y conocerán que Yo, el Señor su Dios estaré con ellos, y ellos, los de la casa de Israel, serán el pueblo mío, dice el Señor Dios*." Pero para adquirir verdadero espíritu de oración, es necesario prescindir y desasirse por completo de las máximas y tendencias de los mundanos; porque aunque es cierto que á toda clase de personas oye el Señor, favorece de una manera especial á los justos. "La oración, enseña San Cipriano, no puede ser eficaz cuando el corazón permanece estéril. Verdad es que la bondad de Dios oye á veces las súplicas de los malos; pero en el curso ordinario de las cosas solo á la virtud ha sido concedido este privilegio." De la eficacia de la oración dan testimonio harto expresivo las divinas palabras de Jesús, cuando nos dice por el Evangelista San Juan: "*Si permanecéis en Mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que quisiéreis, y se os otorgará*."

Obtenemos, por otra parte, en la oración la gran ventaja de

conocernos; pues, como decía S. Buenaventura, la oración es como un espejo, porque hace que los hombres conozcamos con más claridad nuestros defectos y nuestros adelantos; en ella se nos representa la conciencia con más lucidez, y si considera sus progresos, elévase alegre con la esperanza, y se humilla y confunde al reconocer sus defectos. Espejo clarísimo é indestructible fué siempre la oración para las almas que sinceramente buscaban á Dios; entre muchas podemos citar al bienaventurado Juan Bautista de Fulginio, al cual, como pidiese cierto día uno de los muchos pobres á quienes constantemente daba cariñosa hospitalidad, un espejo, que por acaso necesitaba, contestó: "*Yo no tengo otro espejo que Jesucristo, y este crucificado.*" Este fiel espejo de la oración ilumina con luz clarísima el entendimiento, como nos lo promete el Espíritu Santo en el libro del Eclesiástico: "*Los que teméis al Señor, amadle, y serán iluminados vuestros corazones.*" Porque el amor, que irremisiblemente nos excita á reconocer y penetrar cada vez más en las buenas cualidades del amado, no puede menos de hacernos comprender en la oración, y cada vez con más claridad, cuán digna es de alabanzas y de tiernísimo amor, la majestad infinita de nuestro Dios. En esta escuela de la oración aprendieron altísima sabiduría almas singularmente abstraídas, que jamás visitaron las academias, ni abrieron siquiera los libros que tratan de las divinas ó de las humanas ciencias. La virgen Santa Catarina confunde con irrefutables argumentos á los más sabios filósofos de Alejandría; los cuales, no pudiendo resistir á la fuerza de sus celestiales doctrinas no solo no lograron arrancar de su alma la fe de Jesucristo, sino que ellos mismos, confesándose vencidos, se convirtieron al catolicismo. Las Catalinas de Sena, las Magdalenas de Pazzis, Brígidas y tantas otras vier-ten en sus libros y Revelaciones torrentes de sobrenatural sabiduría, que al fin triunfa con celestial eficacia de las más tenaces prevenciones y del severo examen de los teólogos y sabios más eminentes. Santa Teresa de Jesús rayó tan alto en la penetración de estos misterios de divina ciencia, que la Iglesia en la oración de la Misa nos invita á que pidamos al Señor "alimente nuestras almas con el pasto de la celestial doctrina," que de una manera tan extraordinaria enriquecía el espíritu de la esclarecida Virgen del Carmelo. Y ¿dónde había estudiado el rey David, que de sí mismo confesaba que había llegado á saber más que todos los

ancianos, y á penetrar celestiales secretos que todos ignoraban, y ocultos misterios de la divina sabiduría? En la oración, que por virtud divina esclarece los más humildes entendimientos; porque como él mismo nos dice en sus inspirados salmos, todo el día se empleaba en meditar las divinas grandezas. En *Tope* sube San Pedro á orar sobre la azotea de su casa, y entiende el trascendental misterio de la Vocación de los gentiles; ciego se queda San Pablo á las puertas de Damasco, atónito, pero rendido ante las justísimas increpaciones que le dirige el divino Jesús; y en la oración recobra la vista, su alma aprende inauditas enseñanzas que le confortan, y alguna vez, en su trato íntimo con Dios, elevado al tercer cielo, oye celestiales arcanos que al hombre de más privilegiada inteligencia no le es dado explicar.

Con la virtud de la oración líbrase el alma de gravísimos peligros. Grande fué la indignación que contra Elías Tesbites concibió el rey Ocozías, al oír que inspirado por Dios había predicho su muerte; y ardiendo en deseos de tomar de él ruidosa venganza ó de obligarle á impetrar del Dios de Israel su perdida salud, envía gente armada para que le prendan y traigan á su presencia. Altivos se mostraron con el santo Profeta los oficiales que mandaban esta tropa, al mandarles bajar con gran descortesía y con imperio, del monte en que á la sazón se encontraba; y por esto perecieron, víctimas de las abrasadoras llamas que para defender al celador insigne de su gloria, hizo bajar del cielo Dios Nuestro Señor. De nuevo envía el obstinado rey Ocozías otros cincuenta soldados para que aprehendan al favorecido Profeta; pero el oficial que los mandaba, temiendo incurrir en la indignación del cielo si ofendía al enviado de Dios, y creyéndose por otra parte precisado á cumplir con las órdenes de su soberano, dobla sus rodillas ante el Profeta, y le suplica que se digne ir con ellos á la Corte, y presentarse ante el Monarca. Agradó tanto al Señor esta oración del afligido oficial, hecha á uno de sus más leales representantes, que no solo le preservó de la muerte tan temida, sino que hizo que pudiese cumplir con éxito la comisión que se le había confiado.

Nos invita el divino Jesús á que en la Oración Dominical, que El mismo vino á enseñarnos, le pidamos el reino de los cielos; y en muchas ocasiones nos dice que todo cuanto pidéremos al Padre celestial en su nombre, se nos concederá. Y ¿qué ma-

por tesoro pudiéramos pedir con tanta seguridad de conseguirlo? "No quiere dar, dice el Bellovacense, la mitad de su reiuo, como Asuero á Ester, y Heródes á la hija de Herodías, sino todo entero. Siendo El tan grande y magnífico, grande debe ser también el dón que ofrezca." Entretuvo con sus habilidades á Alejandro Magno un juglar, y á instancias de este emperador que quería largamente recompensarle, sólo pidió un premio insignificante. Reprendióle Alejandro por la ofensa que le hacía al pedir tan poca cosa á un rey de tanto poder, y le dió toda una ciudad, diciéndole: "Aunque tú no eres digno de pedir ni de recibir tan crecida recompensa, lo soy yo, y esta liberalidad es propia de mi grandeza." Pues ¿qué extraño que siendo infinitos el poder y la grandeza de Dios, nos ofrezca como premio de la oración bien hecha, de nuestras buenas obras y de las penas que por El suframos, todo un cielo?

Al que místicamente se transfigura en la oración uniéndose cada día más con Dios Nuestro Señor, no pueden acobardar temores ni peligros, porque guarda su corazón y su inteligencia aquella paz divina que excede todos los goces del sentido. Y esta es la razón de que con tanto empeño nos anime, para que nos alegremos, el Apóstol San Pablo, y nos diga escribiendo á los Filipenses: "*No os inquietéis por la solitud de cosa alguna; mas en todo presentad á Dios vuestras peticiones por medio de la oración, y de las plegarias, acompañadas con hacimiento de gracias.*" Nada hay que en línea de felicidad pueda compararse á la paz de una buena conciencia identificada con la voluntad de Dios y con la práctica de la virtud en el secreto de la oración. "*Guarda tu corazón con toda vigilancia, porque de él mana la vida,*" nos dice el Espíritu Santo en el Libro de los Proverbios; y cierto que no puede haber vida más preciosa que aquella que nos une al Corazón Sacratísimo de Jesús por medio de la oración, de la virtud y del sufrimiento. "Magnífica posesión la de un varón puro, dice San Juan Damasceno; bienaventurado aquel á quien no reprende su alma." Próximo se hallaba á la muerte el rey Ezequías, y repasando las épocas todas de su vida, gozábale ante el Señor, no de sus pasadas delicias, dice San Juan Crisóstomo, ni de haber extendido su reino, ni acumulado ricos tesoros, sino de la rectitud de su conciencia: "*Acuérdate, te ruego y suplico, oh Señor, de como he caminado en tu presencia con sin-*

ceridad y con un corazón perfecto, y que he hecho lo que era agradable á tus ojos." Tratándose de los efectos de la buena conciencia santificada por la oración y la virtud, no podemos menos de recordar entre otras muchas la del Apóstol San Pedro en contraposición con la del rey Nabucodonosor. Hallábase el Príncipe de los Apóstoles en la cárcel de Jerusalén esperando el momento en que Heródes le mandase quitar la vida por haber predicado la fe cristiana; y era tan grande la serenidad de su conciencia, que el Espíritu Santo nos dice que con plácida tranquilidad dormía *en medio de dos soldados, atado á ellos con dos cadenas*; porque al que está con Dios no pueden quitarle el sueño los más graves peligros. En cambio, rodeado de magnificencia, de poder y de gloria mundana, el orgulloso monarca de Babilonia "*se estremece en sueños, y las ideas y fantasmas que pasan por su cabeza, le llenan de turbación.*"

Es, pues, sobremanera dulce, amadísimos Hermanos é hijos Nuestros, el tratar con Dios en la oración y servirle en la práctica de la virtud. Sobre las dulzuras del Maná, que sin embargo no alcanzó á llenar por completo el corazón de los hebreos, gozamos nosotros en nuestra divina Religión, que es Ley de amor, torrentes de gracias poderosísimas que llenan del todo nuestros corazones é ilustran con celestiales esplendores nuestras almas.

III.

Para este tercer Domingo de Cuaresma la Santa Iglesia nos propone el siguiente pasaje del Evangelio de San Lucas:

"En aquel tiempo estaba Jesús lanzando un demonio, el cual era mudo. Y así que hubo echado al demonio, habló el mudo, y todas las gentes quedaron muy admiradas. Mas no faltaron allí algunos que dijeron: Por arte de Beelzebub, príncipe de los demonios, echa él los demonios. Y otros por tentarle, le pedían que les hiciese ver algún prodigio en el cielo. Pero Jesús penetrando sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido en partidos contrarios quedará destruido, y una casa dividida en facciones camina á su ruina. Si, pues, Satanás está también dividido contra sí mismo, ¿cómo ha de subsistir su reino? ya que decís vosotros que yo lanzo los demonios por arte de Beelzebub. Y si yo lanzo los demonios por virtud de Beelzebub, ¿por virtud de quién los lanzan vues-

tros hijos? Por tanto, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero si yo lanzo los demonios con el dedo ó virtud de Dios, es evidente que ha llegado ya el reino de Dios á vosotros. Cuando un hombre valiente bien armado, guarda la entrada de su casa, todas las cosas están seguras. Pero si otro más valiente que él asaltándole le vence, le desarmará de todos sus arneses, en que tanto confiaba, y repartirá sus despojos. Quien no está por Mí, está contra Mí; y quien no recoge conmigo, desparrama. Cuando un espíritu inmundo ha salido de un hombre, se vá por lugares áridos, buscando lugar donde reposar, y no hallándole dice: Me volveré á mi casa de donde salí. Y viniendo á ella, la halla barrida, y bien adornada. Entonces va, y toma consigo á otros siete espíritus peores que él, y entrando en esta casa fijan en ella su morada. Con lo que el último estado de aquel hombre viene á ser peor que el primero. Estando diciendo estas cosas, he aquí que una mujer levantando la voz de en medio del pueblo, exclamó: Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te alimentaron. Mas Jesús respondió: Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios, y la ponen en práctica.”

Entre las muchas y tristísimas reflexiones que sugiere este doloroso pasaje del Evangelio de hoy, una en alto grado desconsoladora es la de la reincidencia en el pecado, calamidad sobre todas lamentable; puesto que dá lugar á que el demonio, un día lanzado por el arrepentimiento y por la gracia, entre de nuevo en el alma del pecador con otros siete espíritus peores que él, y en ella fijan de nuevo su morada. Es esta una situación tan angustiosa, que no puede ser representada con términos más expresivos que estos con que la pinta el Espíritu Santo por el Salmista: “El hombre constituido en honor, no ha tenido discernimiento: se ha igualado con los incensatos jumentos, y se ha hecho como uno de ellos.” Y no solo merece el reincidente ser comparado con los brutos, sino que de ordinario aparece en peores condiciones que ellos. “¿Qué perdón podemos tener, dice San Juan Crisóstomo, qué defensa si nos hacemos más irracionales que los brutos? El ave que una vez es cazada, si escapa del lazo, y el ciervo que cae en la red y logra huir de ella, difícilmente serán cogidos otra vez; porque á cada uno le enseña á ser cauto la experiencia. En cambio, nosotros muchas veces cogidos en pecado, volvemos á caer en los mismos; y, aunque dotados de razón, no

imitamos la solicitud y precaución de los brutos.” Al eco de la voz amenazadora de Jonás, que anunciaba á los endurecidos ninivitas tremendos castigos, compungiérons todos ellos derramando lágrimas de verdadera contrición; y aplacando la ira de Dios con riguroso y general ayuno, vistieron áspero cilicio y cubrieron con ceniza sus cabezas, en testimonio de profunda sumisión á la voluntad de Dios y de cordial arrepentimiento por sus antiguos pecados. Dejóse calmar el Señor, siempre pronto para compadecerse y perdonar; y Nínive, al fin, no fué destruida porque las amenazas con que Jonás la había intimidado por orden de Dios, eran condicionales. Pero es lo singular, que el anciano Tobías, estando próximo á morir, predijo no sin solemnidad y con cierto aire de sobrenatural tristeza la ruina de Nínive, que efectivamente sucedió algún tiempo después á impulso de la venganza de los caldeos. ¿Cómo podía concebirse desgracia tan lamentable y tan ruidosa en una ciudad, que poco antes había dado tan edificantes muestras de penitencia? Porque después de ésta volvieron de nuevo á sus antiguos pecados, y reincidencias de este género acusan mayor ingratitud, y atraen sobre sus inconsiderados autores la maldición del cielo.

El estado funestísimo del alma del reincidente en el pecado píntalo el mismo Dios con tan sombríos colores, que no pueden menos de hacer temblar al espíritu más despreocupado, si no es del todo incrédulo. Cuando un espíritu inmundo ha salido de un hombre, decía el Divino Salvador, se vá por lugares áridos, buscando lugar donde reposar, y no hallándole dice: Me volveré á mi casa de donde salí. A primera vista siéntese poseído de santa indignación el que estas palabras medita, y resuelto á decirle á Satanás con el piadoso Pablo Palacio: “Mientes, soberbio, que no es tuya aquella casa, sino de Dios, que la rescató con su Sangre preciosísima;” pero ¡ay! que por desgracia tiene el malvado espíritu fuertes razones para llamarla suya, “porque en ella tiene la inclinación al pecado, que favorece sus planes; tiene la ley de la carne que resiste á la ley del espíritu, y cautiva á éste con la ley del pecado. Si tiene en nosotros á nuestros propios enemigos, que le han prometido entregarle el alcázar de nuestra alma, ¿qué extraño que la llame casa suya?” Y no se contenta el protervo con volver á cautivar aquella alma infeliz para retenerla con más seguridad en el pecado, sino que se asocia otros siete espíri-

tus peores que él. "Tales son, dice San Anselmo, no solo los siete vicios capitales, contrarios á aquellas preciosas virtudes de que nos habla el Catecismo, sino la hipocresía con que pretende aparecer adornado de estas mismas virtudes." Significan también estos siete espíritus, dice San Pascasio, los vicios ó pecados que se cometen después de conocida la ley que los condena, y de recibida la suficiente gracia para evitarlos; porque los que esto hacen, "mejor les fuera, añade el Apóstol San Pedro, no haber conocido el camino de la justicia, que, después de conocido, volver atrás."

Figura del pecado es la lepra, y tan repugnante y tan temida era esta enfermedad en el pueblo de Israel, que todo "el que estaba contaminado de ella, y separado á juicio del sacerdote, se veía obligado á tener los vestidos descosidos por varias partes, la cabeza rapada y descubierta, tapando su boca con la ropa, y á avisar, gritando, que estaba contaminado é inmundo; todo el tiempo que estuviere leproso, tenía que habitar solo, fuera de poblado." Pero esta repugnancia y la infelicidad que causaba la lepra en el enfermo, era incomparablemente mayor cuando, después de curado de ella, volvía á aparecer esta temible dolencia. Comentando este pasaje decía San Jerónimo: "El que una vez ha sido curado, cuide con diligencia de no volver á pecar. Leemos en el Levítico (si es que leemos con los ojos abiertos) que en la cicatriz de la quemadura suele renacer la lepra y cambiar el color del pelo, aumentando á la deformidad anterior de la cicatriz una nueva fealdad. . . . Esto debe enseñar al hombre á evitar el pecado, no sea que necesite cauterio si, una vez curado, vuelve á renovarse su llaga." Y ciertamente, grande ligereza é inconstancia apenas concebible arguye en el pecador esa funesta facilidad para volver á ofender á Dios, á quien debe contínuas muestras de gratitud; porque si una y otra vez vuelve á amar lo que después de seria deliberación había aborrecido, ¿qué concepto se puede formar de su anterior penitencia? "Vana es, dice S. Agustín, la penitencia que una nueva culpa viene á mancillar. Una llaga que de nuevo se abre, tarda más tiempo en curarse; así el que llora y vuelve á pecar, más difícilmente merece perdón. De nada sirven los lamentos si se repiten los pecados. Nada aprovecha pedir perdón de las culpas, si otra vez se vuelven á cometer."

Agrava cada vez más su desgracia el reincidente; porque

cuando después de haber sido elevado á la amistad y gracia de Dios vuelve á caer por el pecado, parece dolerse y arrepentirse, no de sus extravíos, sino de sus confesiones y anterior resurrección á la gracia. Por eso decía San Isidoro: "Isaías dice á los pecadores: Purificáos, sed limpios. Purificase, pues, y está limpio el que llora sus pecados antiguos y no comete otros que le obliguen á llorar de nuevo. Lávase, y no está limpio el que llora los pecados cometidos, pero no renuncia á ellos, y después de sus lágrimas vuelve á hacer lo que había llorado. Por esto, á el alma un día penitente, que vuelve á delinquir, la increpa el Espíritu Divino diciéndola: *¡Cuán vil te has hecho en demasía, volviendo á tus antiguas maldades!*" Y es que, roto en esos espíritus infelices el freno del temor de Dios, solo atienden á satisfacer sus locas aspiraciones y á buscar en todo su contento; viven de una manera puramente natural, sin elevar al cielo los ojos ni el corazón, y parece como que en esas miserables satisfacciones de la tierra han cifrado toda su felicidad. Por eso les es amargo el pensamiento de la vida futura, y quisieran perpetuar la presente, aunque con los mezquinos y engañosos goces que brinda, vayan mezclados en mucho mayor número ansiedades y dolores. Estos desgraciados pecan ya por sistema y á sangre fría, que es el más abominable modo de pecar. Porque "el hombre, dice San Anastasio Niceno, peca de cuatro modos: de pronto, cuando se le ofrece ocasión; por fraude, por ignorancia, y por afecto. Los que pecan de los tres primeros modos, fácilmente lo reconocen, y vienen á penitencia; pero el que peca por afecto, y no por tentación, ese no se mueve á penitencia, y siéntese aquejado de una enfermedad incurable." Ese infeliz parece renovar contra Dios aquella temeraria lucha, que contra los ángeles buenos emprendieron en el cielo los rebeldes espíritus acaudillados por Satanás; porque, del mismo modo que estos, peca con pleno conocimiento de la grandeza de Dios que le dá vida, y del fin tristísimo que espera á los insensatos imitadores de Luzbel. Y observad, Hermanos é hijos amadísimos, que de aquellos desventurados que peleaban contra Dios dice el sagrado Libro del Apocalipsis, que *no quedó ya para ellos lugar ninguno en el cielo*; castigo horribilísimo que con tanta razón pueden temer los que pecando por malicia y con funesta reincidencia, los imitan en su satánica y sostenida rebelión.

Porque la reincidencia es de ordinario un mal casi incurable. La experiencia nos dice que si en un principio es fácil resistir al pecado y enmendarse, después de algún tiempo es naturalmente imposible, porque el pecado ha ido ya como conaturalizándose en el alma. "Aquel, á quien se le rompe un brazo ó se le disloca un hueso, dice San Eligio, no queda bien curado sino á costa de acerbísimos dolores; pero si, colocado al fin el hueso en su lugar, vuelve á romperse ó dislocarse una, dos ó tres veces, es imposible que llegue á conseguir completa curación. Lo mismo puede decirse respecto de las fracturas del alma."

Efecto en gran manera deplorable de esa facilidad para pecar, es la obstinación que poco á poco va notándose en el alma, y cierto género de sordera espiritual con que se niega el espíritu á oír las voces é inspiraciones de Dios. El primer efecto de la gracia es la voz del Espíritu Santo que nos llama; y por lo mismo, obra son de este Divino Espíritu todas nuestras virtudes cristianas y nuestra propia santificación, de todo lo cual voluntariamente se priva el que se resiste á oírle. Háblanos en primer lugar por medio de las creaturas; y entonces todas ellas, dice San Agustín, son elocuentes, sea cualquiera el estado en que se las considere; las ventajas ó contradicciones que nos ofrezcan, sus infidelidades ó servicios, sus imperfecciones ó defectos, son otras tantas voces de que el Señor se vale para llamarnos. Llámmanos con los beneficios que nos concede en el uso de las creaturas, y llámmanos con la ingratitud y alejamiento que estas nos muestran: clama el cielo y clama la tierra: "No me ames á mí, sino á Dios." Manera ciertamente tiernísima de hablar al corazón, si volvemos los ojos y prestamos atención á lo que nos dicen las creaturas sensibles é insensibles que por todas partes nos rodean. Hombres y animales, las maravillas de la creación y las bellezas del arte, las riquezas y la escasez, las satisfacciones y pesares, y sobre todo, esas abrasadoras ansias que constantemente agitan y atormentan el corazón, todo nos dice que oigamos, que amemos á Dios, evitando con incansable afán la horrible desgracia de ofenderle y purificando el alma de todas sus antiguas manchas y desordenados afectos.

"Por qué pensáis, dice con admirable espíritu de observación el Santo Obispo de Hipona, por qué pensáis que se encuentran tantos disgustos y dificultades cuando se corre en pos de las crea-

turas? ¿por qué tanta infidelidad en ellas? ¿por qué este alejamiento é inconstancia, sino para que nos disgustemos y desistamos de amarlas? ¡Ah! Huyen de nosotros, para que nosotros corramos á Dios. Yo llamo infidelidad á ese cambio é inconstancia; pero más bien debiera llamarle fidelidad y sinceridad, puesto que con ello nos dicen y hacen comprender que Dios sólo es á quien debemos amar. ¡Ah, Dios mío! ¿Para qué sirven todas esas bellezas y placeres de la tierra, que me hacen comprender algo de lo que sois? El resplandor de esa luz que tanto alegra nuestros ojos, la dulce armonía de la música, el olor de los perfumes, la delicadeza del Maná y la dulzura de la miel; todo eso habla á mi alma, y me dice que hay una luz purísima que no se circunscribe á lugar alguno, una armonía que no mide la duración del tiempo, un olor que el viento no disipa, un alimento que al nutrir no disminuye; en fin, un objeto infinitamente amable, cuyo goce no produce hastío jamás." Magnífica pintura, que, sin embargo, es infinitamente inferior á la realidad. ¡Y pensar que haya creaturas racionales, que á este Bien supremo y amabilísimo ofendan por el pecado, labrándose su eterna infelicidad con lamentables reincidencias!

Huyamos, amadísimos hijos Nuestros, huyamos del pecado con todo empeño, y excitemos á todos nuestros hermanos á entrañar en su alma un odio profundo á todo género de aficiones y desórdenes, que de alguna manera constituyan ofensa, aunque levisima, contra nuestro Dios.

IV.

Propone á nuestra consideración la Santa Iglesia en este cuarto Domingo de Cuaresma el siguiente pasaje del Evangelio de San Juan:

"En aquel tiempo pasó Jesús al otro lado del mar de Galilea, que es el lago de Tiberiades: y como le siguiese una gran muchedumbre de gentes, porque veían los milagros que hacía con los enfermos, subióse á un monte y sentóse allí con sus discípulos. Acercábase ya la Pascua, que es la gran fiesta de los judíos. Habiendo pues Jesús levantado los ojos, y viendo venir hácia sí á un grandísimo gentío, dijo á Felipe: ¿Dónde compraremos panes para dar de comer á toda esa gente? Mas esto lo decía para probarle: pues bien sabía El mismo lo